

el 21, y entonces el gobierno prohibió expresamente el banquete y tomó medidas para impedirle. Por su parte, Odilon Barrot y su compañía de opositores, deciden que no asistirán á él; pero estaba dado ya el impulso, y así es que al otro día, el 22, hubo las reuniones provocadas por la oposición parlamentaria. De aquí alborotos, barricadas y choques entre los obreros, los ciudadanos y la tropa. De hora en hora van agravándose los sucesos y París se convierte en un campo de batalla. El 24 á las diez de la mañana, el abogado Odilon Barrot es nombrado ministro con Thiers y Duvergier de Hauranne, los cuales publican una proclama para hacer cesar el fuego; pero esta proclama es hecha pedazos y la insurrección marcha á las Tullerías. Al medio día Luis Felipe abdica en favor de su nieto el conde de París con la regencia de su madre la duquesa protestante de Orleans. En su consecuencia preséntase esta en la Cámara de diputados; pero la Cámara no quiere ni á la regente, ni á la familia de Orleans, ni á la Cámara de los Pares, ni aun á sí misma, puesto que se disolvió despues de nombrar un gobierno provisional de siete personas que proclama la república.

El abogado Odilon Barrot pudo entonces ver que hay efectivamente *pasiones enemigas y ciegas*. Él no quería mas que ser ministro, no hablaba mas que de reforma parlamentaria; y no veía que el conjunto de sus palabras y de sus actos empujaba á la reforma social, al previo trastorno de todas las sociedades, de todas las formas de gobierno existentes, sin cuidarse de lo que habria de ponerse en su lugar. Autor imprevisto é imprevisor de una revolución completa, no fué ministro del gobierno provisional; fuéronlo otros abogados mas revolucionarios: Ledru Rollin, de lo Interior; Cremieux, abogado judío, de Justicia.

El nuevo ministro de lo Interior envió á las provincias comisarios esraordinarios, y habiéndole preguntado estos cuáles eran sus facultades, les respondió á mediados de marzo: «Vuestros poderes son ilimitados. Agentes de una autoridad revolucionaria, sois tambien revolucionarios. La victoria del pueblo os ha impuesto el mandato de hacer proclamar y consolidar su obra. Para cumplir con este encargo, estais investidos de su soberanía, no dependeis mas que de vuestra conciencia, debéis hacer lo que las circunstancias exijan para la salvación pública.» Esta respuesta del abogado Ledru Rollin equivale á lo que hemos oido decir al confidente del abogado Mazzini: «Siendo el pueblo incapáz de gobernarse á sí mismo, es menester regenerarlo con una mano de hierro.»

Para dar á la república francesa un gobierno definitivo, el gobierno provisional decretó para el 4 de mayo la convocación de una Asamblea constituyente que habia de elegirse por todos los ciudadanos franceses el 23 de abril, que era el día de Pascua. El número de los diputados era de novecientos. No quedaron enteramente satisfechos del resultado los anarquistas, pues no les pareció bastante revolucionaria la Asamblea. El 10 de mayo, habiendo recibido la dimisión del gobierno, nombró una comisión ejecutiva de cinco sujetos, que ella escogió de entre los siete, y que á su vez nombró siete ministros. Era el personal del gobierno provisional. El 15 de mayo, á las dos menos cuarto, la Asamblea nacional fué invadida por una irrupción popular, la cual declaró la disolución de esta Asamblea, del ministerio y de la comisión ejecutiva, y despues se fué á la casa de ayuntamiento á proclamar un nuevo gobierno. La guardia nacional, sin recibir orden de nadie, acude en socorro de la Asamblea, la cual volvió á entrar en sesión á las cinco. Ni un hombre se distin-

guió en aquel día. El general Cavaignac, gobernador de Argel, es nombrado ministro de la Guerra.

Habiendo sido suprimida la cámara de los Pares, que residia en el palacio del Luxemburgo, el nuevo gobierno la reemplazó con una asamblea de obreros que deliberaban sobre la organización del trabajo, la cual decretó talleres nacionales; es decir, que la nación misma ó la república se hacia empresaria de todas las industrias, albañil, picapedrero, sastre, sillero etc. etc., á fin de que los obreros encontrasen siempre en sus obradores, talleres ó tiendas donde ganar cómodamente su vida sin trabajar mucho. Los obreros ó artesanos mas honrados, desconfiando de esta novedad, no tomaron parte alguna en ella y continuaron trabajando en las mismas casas que antes. Pero otros no fueron tan escrupulosos, y se dice que en Luxemburgo se alistaron hasta cien mil, en cuyo número se descubrió habia porteros, conserjes, y hasta bastante buenos renteros; y es que desde que se alistaban recibian dos francos diarios, lo cual al cabo del año formaba una rentita de setecientos treinta francos. Con esto ganó el gobierno algunos millones de gasto y además la guerra civil ó mas bien social.

Los obreros de la república estaban bastante contentos al ver que recibian puntualmente su paga y no trabajaban; pero la república hubo de conocer muy luego que esto no le tenia cuenta y habló de despedirlos. Entonces los obreros se decidieron á hacer algo. Guiados por gefes socialistas y apoyados por gente salida de presidio y otros vagabundos comenzaron el 23 de junio en medio de las calles de París, cubiertas de barricadas, una guerra á muerte contra la guardia nacional, contra la tropa de línea, contra la asamblea nacional, contra el gobierno, contra toda sociedad existente. Esta guerra á muerte duró

tres días. La comisión ejecutiva del gobierno, que tuvo noticia de ello desde la víspera, no tomó medida alguna para impedirlo. Los dos principales individuos de esta comisión eran el poeta romántico Lamartine y el abogado socialista Ledru-Rollin, siendo probablemente este último, á juzgar por lo que despues se vió, el promotor secreto de la insurrección. Todos los poderes fueron entonces concentrados en el general Cavaignac, declarado jefe del gobierno ejecutivo; y desde ese momento hubo ya vigor y unidad en la defensa. El gobierno triunfó; pero la lucha fué sangrienta. Varios generales fueron muertos ó aun asesinados traídoramente. Se hablo de balas envenenadas y de otros medios semejantes empleados contra el ejército y la guardia nacional. El tercer día, 25 de junio, el arzobispo de París, Dionisio Affre, aconsejado por dignos amigos, se decidió á dar su vida por la salvación de su pueblo. A eso de las seis de la tarde, se dirigió con una nueva proclama del general Cavaignac á las barricadas de los insurgentes para escitarlos á la paz. Viendo eran inútiles sus esfuerzos, iba ya á retirarse, cuando se sintió herido de una bala en los riñones. Ya se esperaba el que sucediera esto, segun habia dicho de antemano á sus amigos. De resultas de esta herida murió el 28, rogando á Dios que su sangre fuese la última que se derramase. Esta muerte heroica del primer pastor contribuyó poderosamente á calmar los odios y á terminar la lucha.

Para asegurar la tranquilidad de París y de la Francia, el gobierno, presidido por el general Cavaignac, hizo trasportar mas allá de los mares á muchos miles de insurgentes cuya causa habia sido juzgada por comisiones militares. Desde el 24 de febrero habian sido abolidos el juramento y la pena de muerte por cosas ó delitos políticos. Y de hecho el galicanismo asegura que en Francia el orden

político nada tiene de común con el orden religioso y moral; luego es una inconsecuencia capital exigir un juramento y hasta castigar con pena de muerte por una cosa que no interesa á la conciencia. La asamblea nacional por su parte promulgó en 12 de noviembre una nueva constitucion, que no correspondia á la esperiencia que acababa de tenerse. En el mes de junio para salvar á Paris y á la Francia contra la anarquía social, habia sido preciso concentrar el gobierno en una sola mano; pues bien, la nueva constitucion dividia el gobierno en dos poderes, una asamblea nacional y un presidente de la república; y aun la parte del presidente, el cual era responsable ante la asamblea nacional, no le quedaba entera, sino repartida entre sus ministros, responsables tambien ante la misma asamblea. Esto no era constituir la unidad, la paz y la fuerza, sino la division, la guerra, la debilidad. La eleccion del presidente de la república debia efectuarse el 10 de diciembre, y ya hemos visto que la inmensa mayoría estuvo á favor de Luis Napoleon Bonaparte.

Hallabase este en Londres cuando estalló la revolucion de 24 de febrero, é inmediatamente vino á Paris; pero habiendo reputado peligrosa su presencia los individuos del gobierno provisional, les escribió en 29 de febrero la siguiente carta: «Señores, despues de treinta y tres años de destierro y de persecucion, creia yo haber adquirido ya el derecho de volver á hallar un hogar en el suelo de la patria. Pero pues pensais que mi presencia en Paris es ahora un motivo de dificultades, me alejo de aquí momentáneamente; en este sacrificio que hago podeis ver la pureza de mis intenciones y la sinceridad de mi patriotismo.» En las elecciones para la Asamblea Constituyente, Luis Napoleon fué elegido por cuatro departamentos. En la sesion del 16 de junio el presidente de la asamblea nacional

leyó otra carta es la siguiente: «LONDRES 15 de junio de 1848. Señor presidente; envancíame el haber sido elegido representante por Paris y por otros tres departamentos, porque á mis ojos era esto una amplia reparacion de treinta años de destierro y seis de cautividad; pero las sospechas injuriosas que ha suscitado mi eleccion, las turbulencias de que ha sido pretesto y la hostilidad del poder electivo me imponen el deber de rehusar un honor que se cree haber sido obtenido por la intriga. Yo deseo el orden y el sostenimiento de una república prudente, grande, inteligente; y puesto que involuntariamente favorezco el desorden, depongo con harto sentimiento mio en vuestras manos mi dimision. Yo espero que muy pronto renacerá la calma y me permitirá regresar á Francia como el último de los ciudadanos, pero tambien como uno de los mas adictos al reposo y prosperidad de su pais.

Esta carta de Luis Napoleon sacaba de un grandísimo apuro á los individuos de la comision ejecutiva. Uno de ellos, Lamartine, leyó en 12 de junio á la asamblea una declaracion en que la comision anunciaba que ella haria ejecutar, respecto de Luis Bonaparte, la ley de 1832 que desterraba del territorio francés á los individuos de la familia Bonaparte. Sin embargo, Luis Bonaparte habia sido nombrado legalmente por los electores del Sena y de otros tres departamentos. Anular la eleccion por un motivo político era una medida muy grave, y la asamblea no quiso cargar con esa responsabilidad; así es que en la sesion del dia siguiente declaró válida la eleccion soberana del pueblo, y Luis Bonaparte fué reconocido como diputado. «Esta resolucion de la asamblea colocaba á la comision ejecutiva en una posicion muy falsa (son las palabras mismas de uno de los individuos de la comision); pues ella habia declarado que mandaria prender á Luis Bonaparte si entraba en Francia, y la

asamblea, reconociendo á Luis Bonaparte como representante, reconocia con este hecho que él tenia derecho de venir á tomar asiento en ella, como tres de sus parientes admitidos ya en el seno de la representacion nacional. La comision pues pensó retirarse. Tales son las palabras de un individuo de la comision, pronunciadas en la asamblea nacional en la sesion de 25 de noviembre de 1848. Vino pues muy á tiempo en 15 de junio la dimision de Luis Napoleon para sacar de apuros á la comision ejecutiva. Sin embargo, seis dias despues vióse esta reducida á anularse á sí misma cuando la asamblea nacional declaró á Paris en estado de sitio y dió el poder ejecutivo al general Cavaignac. Por su parte Luis Napoleon, habiendo sido elegido de nuevo, fué admitido en la sesion del 26 de setiembre, y subiendo á la tribuna en medio del mas profundo silencio, leyó las siguientes palabras: «Ciudadanos representantes; no me es permitido guardar silencio á vista de las calumnias que se amontonan contra mí. Necesito expresar los verdaderos sentimientos que me animan, que siempre me animarán. Despues de treinta y tres años de destierro y de padecimientos, vuelvo á entrar en mi patria y gozo en ella de mis derechos de ciudadano! La república me ha proporcionado esta felicidad; que reciba pues aquí mi juramento de adhesion y de gratitud. Están bien convencidos los generosos ciudadanos que me han enviado de que yo miro la tranquilidad como la primera necesidad del pais y de que quiero las instituciones democráticas que son las primeras necesidades del pueblo. Harto tiempo he vivido en la tierra del destierro, no he podido consagrar al servicio de mi pais mis meditaciones y mis estudios. ¡La carrera me está abierta! Mis queridos colegas, recibidme en vuestras filas con afectuosa confianza. Mi conducta será siempre digna de mi nombre, y á los que por

segunda vez quisieran proscribirme, apoyados en sus calumnias, les probará que yo quiero ante todo la defensa del orden y la consolidacion de la república.»

El 10 de diciembre siguiente fué elegido Luis Napoleon presidente de la república francesa, quedó proclamado como tal el 20 del mismo mes por la Asamblea nacional, y prestó el juramento. Pronunció un discurso muy oportuno y aplaudido, y fué á estrechar la mano del general Cavaignac, diciéndole: «General, tengo á mucha gloria el suceder á un hombre como vos!...» Su presidencia, empezada el 20 de diciembre de 1848, debia de concluir el 20 de diciembre de 1852. Estos cuatro años fueron de una ansiedad cada vez mayor, no solo en Francia, sino casi en toda Europa. La anarquía estaba comprimida en la superficie, pero fermentaba en el fondo del volcan; de presente se gozaba de tranquilidad, pero nadie se atrevia á creer fuese duradera.

En Francia, la Asamblea constituyente se habia conducido de tal modo, que habia perdido la confianza pública; habia fabricado una Constitucion tal como ella, pero sin someterla á la sancion del pueblo, á pesar de que tanto proclamaba la soberanía de este; entre los dos candidatos para la presidencia de la república se habia decidido por el general Cavaignac, y el pais por una inmensa mayoría acababa de proclamar á Luis Napoleon. Por manera que se encontraba en pugna con el pais y con el presidente; mas sin embargo, ella se empeñaba en seguir. Además de la Constitucion pretendia tambien hacer lo que llamaba leyes orgánicas y hasta gobernar en lugar del presidente de la república y de sus ministros. Hase dicho que para ser una nueva Convencion no le faltaba mas que la fuerza.

Vencida en fin por la opinion general de Francia, acabó sin dignidad el 26 de mayo

de 1849 y fué inmediatamente reemplazada por la Asamblea legislativa compuesta de 750 individuos, entre los cuales habia 211 socialistas. Por otra parte, el jefe del ministerio era el abogado Odilon Barrot, el mismo que involuntaria, pero ciegamente, habia provocado la revolucion de 24 de febrero de 1848. Todo esto no anunciaba, como es consiguiente, una situacion bien despejada y tranquilizadora.

En efecto, desde el 11 de junio el abogado Ledru-Rollin, jefe del partido socialista que componia la minoría de la Cámara, declaró en plena sesion que, habiendo el gobierno francés enviado un ejército para tomar á Roma en vez de proteger á la república romana, era menester formular una acusacion y formar causa al presidente Luis Napoleon y á sus ministros y defender contra ellos la república por medio de las armas. A los pocos dias estalla en Paris una insurreccion socialista, preparada quince dias antes, la cual declara fuera de la Constitucion al presidente de la república, á sus ministros y á la mayoría de la Asamblea nacional. Una nueva Convencion, presidida por el abogado Ledru-Rollin, se estaba organizando en el conservatorio de artes y oficios; pero viendo la actitud de los militares y de los nacionales fieles, se escapó por las ventanas. La insurreccion socialista, comprimida en Paris, se hizo sentir en los departamentos, principalmente en Lyon: todo el mundo pudo ver que habia en ella un plan secreto para trastornar toda la Francia; pero sus esfuerzos fueron reprimidos en todas partes por la fidelidad y valor del ejército. El gobierno y la Asamblea legislativa tomaban medidas para precaver y evitar se reprodujesen los desórdenes y para castigar á los principales culpables.

Pero el gobierno se veia con las manos atadas por su propia constitucion. El presiden-

te era responsable, asi como sus ministros ante la asamblea legislativa que no lo era. El ministerio dependia de la mayoría de la asamblea, y el presidente dependia del ministerio. Con la mejor voluntad del mundo, el presidente no era libre de obrar, á pesar de que habia sido elegido personal y directamente por toda la Francia, al paso que los individuos de la Asamblea lo habian sido cada cual por un departamento. Luis Napoleon puso en conocimiento de la Cámara los inconvenientes de esta situacion en su mensaje de 29 de octubre de 1849:—«En las graves circunstancias en que nos hallamos, no puede conservarse el acuerdo que debe de reinar entre los diferentes poderes del Estado á no ser que animados de una confianza mútua se expliquen francamente el uno con el otro. A fin de dar el ejemplo de esta sinceridad, vengo á manifestar á la Asamblea las razones que me han movido á cambiar de ministerio y á separarme de unos hombres á quienes he ofrecido amistad y reconocimiento, y cuyos eminentes servicios me complazco en proclamar. Para sostener á la república amenazada de todas partes por la anarquía; para poderla conservar mas eficazmente que lo ha estado hasta aqui; para mantener en lo exterior el nombre de la Francia á la altura de su fama, se necesitan hombres que animados de patriótica abnegacion comprendan la necesidad de una direccion única y firme y de una política francamente formulada; que no comprometan el poder con ninguna irresolucion y que se preocupen tanto de mi propia responsabilidad como de la suya y de la accion como de la palabra.—Desde hace ya cerca de un año he dado bastantes pruebas de abnegacion para que no se dude de mis verdaderas intenciones. Sin rencor contra ningun individuo, contra ningun partido, he dejado llegar al manejo de los negocios á los hombres de la

opiniones mas diversas, pero sin obtener los felices resultados que yo me prometia de este proceder. En vez de efectuar una fusion, no he conseguido otro resultado que una neutralizacion de fuerzas.—A la unidad de miras y de intenciones se la han puesto mil obstáculos y se ha tomado por debilidad el espíritu de conciliacion. Apenas habian pasado los peligros de la calle, háse visto á los partidos volver á levantar su bandera, despertar rivalidades y alarmar el pais, sembrando por doquier la inquietud.—En medio de esta confusion, la Francia inquieta, porque no ve direccion, busca la mano, la voluntad, la bandera del elegido del 10 de diciembre. Ahora bien, esta voluntad no puede hacerse sentir á no haber completa comunidad de ideas, de miras y de convicciones entre el presidente y sus ministros y á no ser que la Asamblea misma se asocie al pensamiento nacional cuya expresion ha sido la eleccion del poder ejecutivo.»

Durante el verano, hizo Luis Napoleon varias escursiones por las provincias y en todas partes fué muy bien recibido. En la ciudad de Ham, donde habia estado preso, dijo al alcalde: «Me conmueve profundamente el modo afectuoso con que me reciben mis conciudadanos; pero, creedme, si he venido á Ham, no ha sido por orgullo, sino por gratitud. Deseaba dar gracias á los habitantes de esta ciudad y de sus cercanías por los testimonios y pruebas de simpatía que no dejaron de darme en el tiempo de mis desgracias. Hoy, que, elegido por toda la Francia, he venido á ser el jefe legítimo de esta gran nacion, no podria gloriarme de una cautividad cuya causa era el ataque contra un gobierno regular. Cuando se ha visto cuántos males llevan en pos de sí las revoluciones aun las mas justas, apenas se comprende la audacia de haber querido tomar sobre sí la terrible responsabilidad de un cambio. No me quejo,

de haber expiado aquí con una prision de seis años mi temeridad contra las leyes de mi patria, y tengo la dicha de proponeros, en los lugares mismos en que he padecido, un brindis en honor de los hombres que, á pesar de sus convicciones, están decididos á respetar las instituciones de su pais.»

Estas palabras produjeron viva impresion, primeramente en el auditorio, y despues en toda la Francia. Los que habian dado sus votos á Luis Napoleon estaban grandemente consolados al ver en él tanta elevacion de alma y de sentimientos. Y esa favorable impresion creció aun mas por el discurso que dirigió á los habitantes de Nantes: «Señores, el viage que he hecho para venir aquí á vuestro lado, quedará profundamente grabado en mi corazon, porque ha sido fecundo en recuerdos y en esperanzas. No sin sentir grande emocion he visto ese gran rio, tras el cual se refugiaron los últimos gloriosos batallones de nuestro grande ejército; no sin emocion me he detenido con respeto ante el sepulcro de Bonchamp; no sin emocion me hallo hoy, sentado en medio de vosotros, frente á frente de la estatua de Cambronne. Todos estos recuerdos, tan noblemente apreciados por vosotros me prueban que, si la suerte lo quisiera, todavía seriamos la gran nacion por las armas. Pero hoy hay otra gloria tambien muy grande, y es la de oponernos á toda guerra extranjera y agrandar con progresivo desarrollo nuestra industria y nuestro comercio. Mirad ese bosque de mastiles que languidecen en vuestro puerto; no espera mas que un soplo para llevar al cabo del mundo los productos de nuestra civilizacion. Estemos unidos, olvidemos toda causa de disension, seamos amigos del orden y afectos á los grandes intereses de nuestro pais, y muy luego seremos otra vez la gran nacion por las artes, por la industria y por el comercio.»

Estas nobles palabras despertaban en muchos corazones el sentimiento de la unidad gubernamental, sobre todo en las provincias mas católicas, donde el sentimiento de esta unidad se mantiene siempre vivo, aun bajo la forma republicana.

Sin embargo, todo el mundo percibía la existencia de una sociedad subterránea que trabajaba por trastornar la sociedad pública y de la que eran erupciones volcánicas las insurrecciones de París, de Lyon y de los departamentos. El gobierno de Luis Napoleon tomaba sus medidas: Lyon y los departamentos inmediatos fueron puestos en estado de sitio, para que la acción de la fuerza armada fuese en ellos mas pronta para la represión de los complots. Con el mismo objeto se establecieron tres grandes comandancias militares en aquellos puntos de Francia en que mas se dejaban sentir las agitaciones de la anarquía. En sus viajes de 1840, á través de las provincias del Este, íbase conciliando cada dia mas Luis Napoleon la confianza de las poblaciones. En 27 de setiembre decía: «La acogida que recibo en Reims, al terminar mi viaje, viene á confirmar lo que yo he visto por mí mismo en toda la Francia y de lo que ya no habria dudado; nuestro país no quiere mas que el orden, la Religión y una prudente libertad. En todas partes he podido convencerme de que el número de los agitadores es infinitamente pequeño, al paso que es infinitamente grande el número de los buenos ciudadanos. ¡Ojalá que estos no se dividan! Por eso, al encontrarme hoy en esta antigua ciudad de Reims, donde los reyes, que representaban tambien los intereses de la nación, venian á recibir su consagración, querria yo que en ella pudiese ser consagrado ya un hombre, sino una idea, la idea de union y de conciliación cuyo triunfo volveria el reposo á nuestra patria, tan grande ya por sus riquezas, por su virtud y por su fé.»

Estas y otras palabras, dichas con mucha oportunidad, causaban grande placer á los amigos de Luis Napoleon, que lo eran al menos todos los que le habian dado su voto el 10 de diciembre. Gloriábanse de haber nombrado á un jefe que se expresaba de una manera tan sensata y conveniente, y tanto mas se gloraban cuanto se les habia querido hacer creer que si sus discursos escritos eran nobles y dignos, era porque otros se los componian. Pretendíase entonces que si él era capaz de hablar bien, no lo seria de obrar del mismo modo, es decir, bien; pero las poblaciones, especialmente las católicas, se complacieron en persuadirse de que en tiempo y lugar sabria obrar como sabia hablar. Su mensaje de 12 de noviembre de 1850 confirmaba estas esperanzas, pues en él decía:—«Desde mi último mensaje, nuestra política exterior ha obtenido en Italia un grande resultado. Nuestras armas han vencido en Roma á esa demagogia turbulenta que en toda la península italiana habia comprometido la causa de la verdadera libertad, y nuestros valientes soldados han tenido el insignificante honor de restablecer á Pio IX en el trono de San Pedro. El espíritu de partido no podrá llegar á oscurecer este hecho memorable que será una página gloriosa para la Francia. El objeto constante de nuestros esfuerzos ha sido alentar y fomentar las intenciones liberales y filantrópicas del Santo Padre. El poder pontificio prosigue la realización de las promesas contenidas en el *Motu proprio* del mes de setiembre de 1849. Ya han sido publicadas algunas de las leyes orgánicas, y no tardarán en publicarse las que deben completar el conjunto de la organización administrativa y militar en los Estados de la Iglesia. No es inútil decir que nuestro ejército, necesario todavía para la conservación del orden en Roma, lo es tambien para nuestra influencia política, y despues de haberse hecho allí ilustre con

su valor, se hace tambien admirar por su disciplina y por su moderación.—La administración de los cultos ha obtenido de la Santa Sede, despues de lentas negociaciones, una medida mucho tiempo há reclamada: la erección de tres obispados coloniales y el nombramiento de tres preladados para la Martinica, la Guadalupe y la isla de la Reunion. En el mismo consistorio el Soberano Pontífice ha proclamado tres nuevos cardenales, concedidos á la Iglesia de Francia como un eminente testimonio de gratitud á nuestro país y de estimación para el episcopado francés.»

En estas diferentes alocuciones entreveían los buenos católicos un hombre providencial, que él mismo entreveía el verdadero remedio á la anarquía subterránea, al imperio tenebroso, que mina la base de todo lo que hay de bueno y de honrado no solo en Francia sino en todo el universo. Este remedio tan nuevo y tan antiguo, es la sociedad visible de Dios con los hombres, es la santa Iglesia católica, apostólica, romana, con su gerarquía de nuestro Santísimo Padre el Papa, de los obispos y de los sacerdotes, abrazando en una misma caridad á todas las naciones y á todas las almas del universo. Los hijos dóciles de esta Iglesia se aplican de suyo y por Dios á todo lo que un gobierno razonable puede desear, á evitar todo género de males y á practicar todo género de bienes. Su gran Carta ó Constitución se resume en dos palabras: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y á tu prójimo como á tí mismo.» Habitados desde la infancia á honrar y amar al padre de su pequeña familia, honran naturalmente y aman gustosos al padre, al príncipe, de esas grandes familias que se llaman nación. Contra estos hijos dóciles de Dios y de su Iglesia no han menester los príncipes temporales ni de leyes ni de gendarmes, sino mas bien contra los otros, mas bien con-

tra los enemigos de Dios y de su Iglesia y por lo tanto de todo orden y de toda sociedad.

Además de la guerra subterránea que amenazaba á toda la Europa, habia un peligro particular para la Francia. La Asamblea constituyente de 1848 habia implantado un germen de discordia en la Constitución misma. Esta Constitución, no sometida á la sanción del pueblo, á pesar de haberse hecho en nombre de este, daba á la Francia dos poderes independientes, dos cabezas, dos gefes, el presidente de la república y la Asamblea legislativa, con unos ministros ú órganos que debían depender del uno y de la otra. Hé aqui pues lo que ocurrió en el mes de enero de 1851: El presidente Luis Napoleon retiró al general Changarnier el mando recuado de las tropas y de la guardia nacional de París y de su división militar. La mayoría de la Asamblea legislativa lo llevó á mal y declaró que el ministerio no tenia ya su confianza. Luis Napoleon tomó otro ministerio, pero de fuera de la asamblea, y dirigió á esta un mensaje en que decía: «La union de los dos poderes es indispensable al reposo del país; pero como la Constitución los ha hecho independientes, la única condición de esta union es una confianza recíproca. Penetrado de estos sentimientos, yo respetaré siempre los derechos de la asamblea al mantener intactas las prerogativas del poder que yo tengo del pueblo. Por no prolongar una disidencia lamentable, he aceptado, conforme á la reciente votación de la asamblea, la dimisión de un ministerio que habia dado al país y á la causa del orden notables prendas de su adhesión. Queriendo, sin embargo, reformar un gabinete con probabilidades de duración, no podia tomar sus elementos en una mayoría nacida de circunstancias excepcionales y con sentimiento me he visto en la imposibilidad de hallar una combinación entre los individuos